

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

14, 18, 25 de febrero, 3 de marzo de 2024

MD 2024 / 03

¡UNA CUARESMA DIFERENTE!

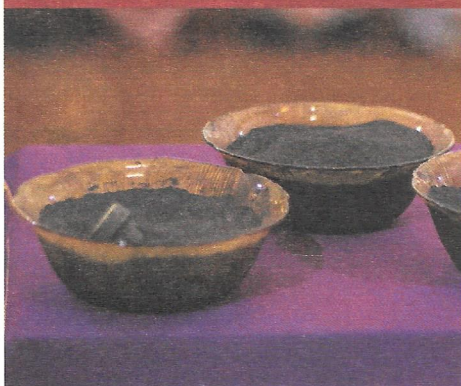
El Miércoles de Ceniza empezamos este nuevo tiempo litúrgico y, seguramente, con este título, estáis leyendo con interés: ¿Qué es lo que hace que esta Cuaresma sea diferente? ¿Por qué no es como otros años? No quiero decepcionar a nadie, pero cada año es diferente, porque nosotros y nuestras circunstancias han cambiado —¡seguro!— en algo, por pequeño que nos parezca, respecto al año pasado.

Si tenemos la sensación de que no, de que todo es exactamente igual, quizá con más razón necesitamos este tiempo que nos abre a una nueva oportunidad de reflexión, de renovación y de esperanza. La cruz de Jesús y, sobre todo, su resurrección (no olvidemos que la Cuaresma solo tiene sentido si miramos y orientamos nuestra vida hacia la Pascua) es el signo de que el mal, la oscuridad y la muerte no tienen la última palabra; de que las cosas cambian y de que este cambio puede ser a mejor: la redención, la renovación personal y social, son siempre posibles.

Que, bien fundamentados en la vida que nos ofrece el Señor, profundizamos en el camino hacia un mundo mejor, donde la presencia del Reino sea más posible y real. Y eso empieza por nosotros mismos.

MIQUEL ÁLVAREZ

Miércoles de Ceniza
Domingo 1 de Cuaresma / B
Domingo 2 de Cuaresma / B
Domingo 3 de Cuaresma / B



EL 2023: SESENTA AÑOS DE LA CONSTITUCIÓN SOBRE LA SAGRADA LITURGIA *SACROSANCTUM CONCILIUM* DEL CONCILIO VATICANO II

En diciembre de 2023 se cumplieron exactamente 60 años de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*. Es el primer documento aprobado por el Concilio, ya que el tema de la reforma litúrgica era el tema más maduro, ya trabajado por el movimiento litúrgico, que empieza en el siglo XIX, por la Carta *Mediator Dei* y la reforma de la Semana Santa y de la Vigilia Pascual hecha por el papa Pío XII en la década de 1950.

En un breve artículo como este, es difícil sintetizar los grandes principios de la reforma litúrgica, pero, de un modo muy resumido, señalaría dos acentos –que son como una verdadera síntesis histórica que el Concilio recopila– de qué es la liturgia. Dos términos antiguos y que resumirían dos aspectos complementarios provenientes de las dos grandes tradiciones de la Iglesia: la occidental y la oriental. El Concilio define la liturgia como «fuente y cumbre» de toda la acción de la Iglesia (SC 10).

- Liturgia como «fuente», como operador, como medio... Es verdad que la Iglesia lleva a cabo una in-

numerable tarea evangelizadora (catequesis, movimientos apostólicos, enseñanza...), caritativa (Cáritas, asistencia en residencias de la tercera edad, hospitales...) y misionera (misiones, tercer y cuarto mundo...). Nosotros no somos la «fuente» de estas acciones: yo he recibido la fuerza para hacerlas. Por eso, la Iglesia define la celebración litúrgica (sobre todo la Eucaristía) como la fuente de donde la Iglesia se nutre, alimenta y toma las fuerzas necesarias para realizar todas estas acciones eclesiales, con un estilo y una manera de ser y de hacer que es la de Jesucristo. La Iglesia no es una ONG ni una asociación cultural e ideológica... es un «sacramento de Jesucristo». Y por eso, la Iglesia encuentra su «molde» de ser y de hacer sobre todo en la liturgia de la Eucaristía. No nos podemos separar de este molde: porque se desdibujaría la naturaleza de la acción de la Iglesia.

- La liturgia –sobre todo la Eucaristía– es la «cumbre» de toda la acción de la Iglesia. Es una visión más de las Iglesias orientales. La liturgia como «cumbre» hacia donde tender toda la acción de

la Iglesia. La Iglesia está llamada a ser Eucaristía. La causalidad va de la Eucaristía a la Iglesia, no al revés. Estamos llamados a convertirnos en «una liturgia viva, una Eucaristía existencial». La liturgia es reveladora de una manera de ser del cristiano.

El papa Francisco, en su última carta *Desiderio desideravi*, subraya la prioridad de formarse, tomar forma, «desde» la

liturgia, ya que esta busca «la plenitud de nuestra formación que es la conformación con Cristo» (Dd 41), tal como recuerda san Pablo: hasta que Cristo esté formado en nosotros (cf. Gal 4,19), o como escribe san León: «Convertíos en lo que coméis» (cf. León Magno, *Sermón 12*), que recoge la oración de poscomunión del domingo XXVII del tiempo ordinario.

JORDI FONT

Materiales para Cuaresma

Aprovechamos para recordarles los materiales publicados en Misa Dominical para acompañar el Tiempo de Cuaresma. Si no disponen de ellos, pueden pedirlos al CPL, llamando al 933 022 235 o escribiendo al correo electrónico cpl@cpl.es.

Concretamente, recomendamos:

- *Cuaresma, un camino* (Año cristiano 13)
- *Las letanías de los santos en la Cuaresma* (Año cristiano 14)
- *Reconciliarse para Pascua* (Año cristiano 15)
- *Os saciaré de largos días, os haré ver mi salvación* (canto de Cuaresma) (Año cristiano 40)
- *El sacramento de la penitencia* (Sacramentos 35)
- *El sacramento de la reconciliación* (Sacramentos 36)
- *Celebración comunitaria del perdón con niños* (Sacramentos 51)
- *Un nuevo Vía crucis* (Oración 37)

- *Vía crucis reducido para niños* (Oración 38)
- *Vía crucis siguiendo el evangelio de Marcos* (Oración 41)
- *Para rezar ante la cruz* (Oración 45)
- *Vía crucis para niños* (Oración 55)
- *Salmos de Cuaresma del ciclo A* (Palabra de Dios 2 y 3)

Les recordamos también que disponemos de hojas verdes con las sugerencias de los cantos para los tiempos fuertes para facilitar su uso. Pueden encontrar las de Cuaresma en la hoja verde Cantos para las misas del Tiempo de Cuaresma (Año cristiano 57) y la pueden descargar gratuitamente en la página web pastoralliturgica.cpl.es, en el apartado «Tiempos litúrgicos», o escaneando el código QR.



Esperamos que les sean de utilidad.

EL CRISTIANO ANTE LA ENFERMEDAD Y EL SUFRIMIENTO

La enfermedad y el sufrimiento son ocasión de una *visita* del mismo Señor. El Señor visita a la persona humana en cualquier circunstancia histórica, también en la enfermedad y en la soledad del sufrimiento. Véase narrado en el libro de Tobías (Tb 12–13); en concreto, Tb 12,6b7a: «Alabad a Dios y dadle gracias ante todos los vivientes por los beneficios que os ha concedido; así todos cantarán y alabarán su nombre. Proclamad a todo el mundo las gloriosas acciones de Dios y no descuidéis darle gracias. Es bueno guardar el secreto del rey, pero las gloriosas acciones de Dios hay que manifestarlas en público». Una visita que posibilita el encuentro con el Señor resucitado, que otorga el don de la paz (cf. Lc 24,36; Jn 20,19.21.26), es decir, la salud; pero que también aparece como una oportunidad para crecer en el amor y en la fe, así como para descubrir a Jesús en los demás (como Zaqueo, que busca a Jesús y encuentra a los demás en Jesús: Lc 19,8).

El cristiano ordenado, es decir, el que ha recibido el don del Espíritu Santo por la ordenación, expresa (anuncia y hace presente) sacramentalmente esta visita del Señor.

De entrada, observamos que una cosa es decir que el sufrimiento puede ser

ocasión para profundizar en nuestra condición humana y en nuestra relación con Dios; y otra, y muy diferente, es decir que Dios *programa* el sufrimiento del hombre para enseñarle y conducirlo por su camino, o para que haga su voluntad. Las relaciones entre Dios y el creyente no se tienen que situar en el nivel de la culpabilidad, sino en el de la comunicación y contemplación (en la oración y en los sacramentos).

El sabio que escribe el *libro de Job* nos ayuda a reflexionar que toda persona humana, alguna u otra vez, debe enfrentarse al problema del mal, y que, a la vez, en esta lucha contra el mal, la persona humana se reconoce frágil y débil. Hay que recordar que ese sabio escribe un *poema* a partir de su experiencia de Dios. Y desde esta experiencia, se da cuenta de que ni él (representado por Job) ni Dios se reconocen en el *sistema de retribución*, es decir, «donde las dan las toman», o bien, dicho de otro modo, si has cometido algún pecado, tú o los tuyos, pagas las consecuencias; más concretamente, hay alguien (¿realmente quizá Dios?) que *retribuye* tus actos: con sufrimiento y con mal si no haces bien, con alegría y felicidad si lo haces bien.

En la afirmación de Jb 42,5: «Te conocía solo de oídas, pero ahora te han



Segunda carta a los Corintios: una llamada a la comunión entre las dificultades

San Pablo dedicó una serie de escritos a la Iglesia primitiva, en orden a fortalecerlas en la fe de Dios mediante Jesucristo, en una misma comunión de vida, de amor y de convivencia en el Espíritu Santo. No fue la única herramienta por la que el apóstol consiguió los objetivos de la misión apostólica. Efectivamente, a la composición de un epistolario más o menos organizado, hay que añadir la convocatoria de proyectos pastorales con la intención de fortalecer una co-

munió n efectiva entre todas las Iglesias. Pensemos en la organización de una colecta pensada para los fieles de Jerusalén (cf. Gal 2; 1Cor 16; Hch 15) y también en los viajes apostólicos. Estos pretendieron convocar a los creyentes en una vida común de fe, oración, liturgia y espiritualidad cristianas, y también revisar aquellos aspectos que creaban más dificultades a los cristianos de la Edad Antigua, las primeras generaciones de creyentes en Cristo.

La Segunda carta a los corintios es una réplica a una situación de malentendido que san Pablo quiere resolver. La respuesta que propone para la resolución del conflicto es una confesión de propia parte sobre la naturaleza teológica de su ministerio como apóstol y su relación con la Iglesia de Corinto. Más allá de consideraciones críticas sobre la composición de este escrito teológico y pastoral, podemos atisbar la voluntad de compartir su inquietud misionera y evangelizadora, entre tribulaciones y también de consuelos en Cristo (2Cor 1). A continuación, da respuesta a las críticas y malentendidos sobre su ministerio, y lo hace explicando los porqués de su conducta y justifica el motivo por el que no ha ido a Corinto, tal como había prometido. Esta vicisitud le servirá para exponer la naturaleza de su ministerio apostólico como servicio o *diakonía* del Nuevo Testamento, de la alianza renovada en la donación pascual de Cristo y la transformación que lleva el Espíritu Santo (2Cor 2-7). Hemos de suponer una dificultad no menor en lo que se refiere a la comprensión de la colecta que él organizaba a favor de los fieles de la Iglesia en Jeru-

salén, porque motiva a los corintios a ser generosos en la colecta para los creyentes necesitados de la Iglesia madre, con principios teológicos de generosidad cristiana (2Cor 8-9). De pronto, ofrece, casi de un modo abrupto, una extensa defensa del propio ministerio apostólico (2Cor 10-12), pero esta vez lo lleva a cabo, haciendo frente a las acusaciones de falsos apóstoles con humildad y firmeza. Resalta sus sufrimientos, las gracias espirituales propias de personas ungidas por el Espíritu Santo, como son las visiones y las revelaciones, sin descuidar que la mejor credencial de su ministerio es la confianza en la gracia de Cristo y que no dejará de manifestar su preocupación por todas las Iglesias. Finalmente, con exhortaciones y las saluciones finales (capítulo 13), el autor inspirado insta a la reflexión personal y a vivir de acuerdo con la fe. Concluye con exhortaciones finales, bendiciones y saluciones.

Este escrito apostólico tiene como principal nota literaria el uso del tono emotivo y pone énfasis en que, a pesar de la debilidad humana de los ministerios de Dios, continúa revelándose poderosamente el amor divino en Jesucristo.

Las cartas de Pablo, textos de ayer para la fe de hoy...

A lo largo del año litúrgico, las cartas de san Pablo a los cristianos de Corinto enriquecen la conciencia de los fieles en nuestra vinculación con Dios, con la Eucaristía y con el tejido diocesano de nuestra Iglesia. Refuerza nuestro sentido de comunión real con Dios, Trinidad santa, porque vivimos la Eucaristía como participación en el Cuerpo de Cristo. Así lo predica san Pablo, cuando nos recuerda el relato eucarístico, el redactado más antiguo, que nos conste a día de hoy, y nos ayuda a vivir la comunión eucarística como comunión profunda con la Iglesia, conjunto de bautizados, confirmados por el Espíritu y nutridos con el cuerpo y la sangre del Señor (1Cor 11,24-25). También nos recuerda la importancia sacramental de la Eucaristía: es el memorial de la Pasión salvadora de Cristo, que se hace realmente presente cada vez que el Espíritu se hace presente a Jesús glorificado por la gloria del Padre en el seno de la asamblea celebrativa (1Cor 11,26).

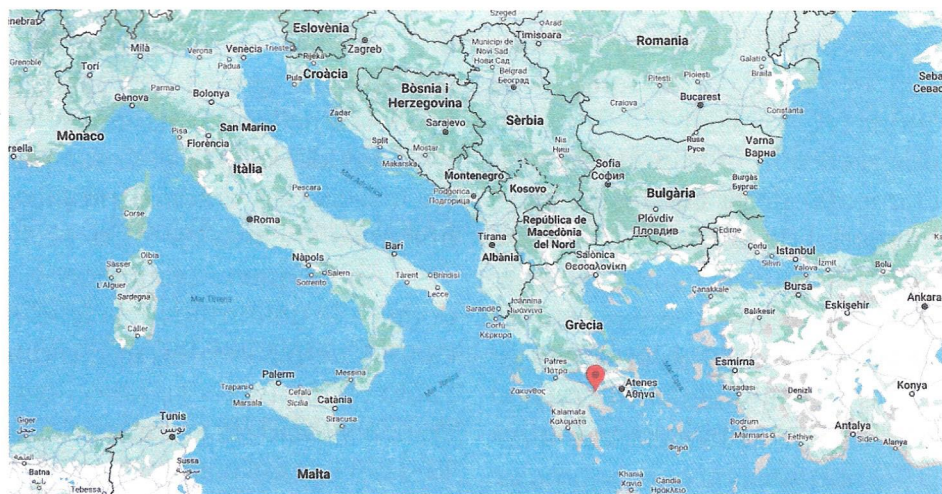
San Pablo, en estas cartas, nos fortalece sobre la importancia real, espiritual y vital como creyente tanto de la liturgia como de la propia vida cristiana. Nos recuerda el misterio de la unidad de la Iglesia, gracias a la voluntad santa de Dios, que es comunión de Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La comunión efectiva de los fieles no es ajena a este artículo esencial de nuestra fe (1Cor 1,10). La Eucaristía es el centro de la unidad de la Iglesia de los fieles, nos refuerza en la fuente de gracia que nos vitaliza para transformar el mundo, y nos infunde los dones de la generosidad y la caridad fraterna (2Co 8,8-10) para compartir los bienes con los que lo necesitan, y a esforzarnos para mantener los vínculos de la fe y el amor por encima de los criterios propios, humanos y carnales (1Co 12,1-11). Ahora bien, comunión no obliga a la uniformidad: la Iglesia es un Cuerpo vivo en el Espíritu Santo (1Cor 12,1-11), pero lleno de rica verdad de carismas (1Cor 12-12-31a). La comunión de los

creyentes reside en el amor como puntal, tanto de los fieles con Jesús (1Cor 12,31b–13,8), como entre nosotros. Unidad en lo esencial, variedad en lo legítimo, en caso de duda, caridad, como afirmaba san Juan XXIII en el inicio de su pontificado (Encíclica *Ad Petri Cathedram*, III [1959]).

Finalmente, la coherencia de vida con la gracia recibida conduce a los fieles a recordar la importancia y esencial centralidad de la reconciliación: Cristo nos ha reconciliado con Dios (2Cor 5,18-20), y en el sacramento de la reconciliación brilla de un modo especial este don sobrenatural del amor divino. Renueva el bautismo, perdona los pecados personales y actualiza la gracia bautismal en los creyentes, este sacramento es la

visualización que el perdón siempre es posible, si hay arrepentimiento y voluntad de transformación y renovación. Así superaremos divisiones y discordias, y renovaremos la vocación a la unidad de la Iglesia, y del mundo entero, como sueña la Iglesia en la constitución *Lumen gentium* (n. 1).

En conclusión, caridad, unidad, comunión con la santa Trinidad, reconciliación, transformación, arrepentimiento y alegre convivencia entre los fieles, son los dones de los que Pablo se hace eco en sus cartas y bendicen los creyentes, ya que amplían su comprensión de la propia vida cristiana con la liturgia y la Eucaristía y los sacramentos, como fuente y cumbre de la vivencia de la Iglesia.





«Estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25,36),
interpretación del escultor Timothy P. Schmalz, en Roma

visto mis ojos», Job da a entender que ha comprendido, pero no nos dice qué. Job se ha dado cuenta de que la imagen que ofrecían de Dios sus amigos y el entorno no se corresponde con la realidad. Los *caminos de Dios* no son los *caminos de los humanos* (cf. Is 55,8-9; Rom 11,33).

El enfermo vive, ahora y aquí, en el seno de *la comunión de los santos*, no tanto por estar enfermo o vivir el sufrimiento, sino por ser cristiano y, por lo tanto, como miembro del cuerpo de Cristo, que es. Un cristiano nunca está solo.

El cristiano que vive la enfermedad ha recibido, por el bautismo y la con-

firación, (1) el *rasgo profético* del ministerio de Cristo y, por tanto, en la enfermedad, da testimonio del amor de Dios y su salvación gratuita a los que le rodean; ha recibido también (2) el *rasgo real* y, por tanto, contempla desde su enfermedad el paso del Señor y vive el Reino como un don, un tesoro que llevamos en el corazón y que nos empuja a crear vínculos de comunión con los que nos rodean; y, finalmente, ha recibido (3) el *rasgo sacerdotal* y, por tanto, desde la enfermedad, está abierto al misterio de amor de Dios, vive la vida como una ofrenda a Dios, vive para Dios en Cristo (unido a su Cuerpo, la Iglesia) y con la fuerza del Espíritu.

La *diferencia* que aporta el bautizado en la experiencia de la enfermedad es tal que, un enfermo cristiano no es un enfermo más, es *cristiano*. Y precisamente vivir la enfermedad como cristiano es un servicio a la Iglesia y a nuestro mundo. Un servicio para la construcción del Reino, anunciando y haciendo presente el amor de Dios, y un servicio para la edificación de la Iglesia, anunciando y haciendo presente la existencia de comunión entre la *Cabeza* (Cristo) y el *Cuerpo* (la Iglesia), entre *Cristo* (la vid) y los *cristianos* (los sarmientos), existencia que celebra y refuerza en la Eucaristía.

El servicio del enfermo cristiano a la Iglesia y al mundo consiste en no desentenderse del dolor cuando nuestra sociedad no quiere saber nada de ello y lo rehúye; a vivir la adhesión incondicional a Dios (Dios importa, no solo como importa la salud, el dinero, el prestigio, la fuerza, el éxito...); a enseñar a los demás cristianos a amar más a Dios, a vivir la gratuidad del amor (a menudo, los cristianos vivimos como si Jesucristo no existiera, amamos como si nadie antes nos hubiese amado primero: 1Jn 4); a ayudar a los demás cristianos a descubrir que la fe tiene una gran fuerza (*levadura dentro de la masa*), tiene un inmenso valor (el *tesoro* y la *perla* encontrados); a poner a todas las personas ante Dios que ama, ante el misterio del dolor y de la muerte;

a descubrir el verdadero rostro de Dios (Jb 42,5). Una enfermedad grave puede ayudar a purificar nuestra imagen de Dios, tanto la que tiene el enfermo como la que tienen los que lo acompañan.

El enfermo cristiano combate el mal con una *fuerza particular* del Espíritu Santo, este hecho es expresado, muy especialmente, con el sacramento de la *unción de los enfermos*, que *recuerda* la visita del Señor resucitado, que trae la salud y el perdón, y que concede la fuerza para vivir el difícil trance del sufrimiento y de la muerte. Precisamente, ante la muerte, la *gracia del Espíritu Santo* recibida por el sacramento de la unción de los enfermos colma de esperanza y de amor. Y en la lucha contra el mal no podemos estar solos, por eso la fuerza del Espíritu mantiene el enfermo unido a Cristo (imagen de la vid en Jn 15) y a la Iglesia (imagen del cuerpo a 1Cor 12) en la celebración de la Eucaristía. Donde también se hace presente y anuncia el consuelo de Cristo (2Cor 1,5) y la *solidaridad* de la Iglesia (1Cor 12,26).

La militancia cristiana también se ejerce en la enfermedad, en el combate contra el mal que se manifiesta en el sufrimiento.

JAUME FONTBONA



RESCATAR LA LITURGIA

Por José Manuel Bernal Llorente

El itinerario de una celebración

Voy a indicar ahora los elementos necesarios para que a una función religiosa podamos llamarla celebración. De este modo, vamos a diseñar el perfil completo de eso que llamamos celebración.

- a. *El acontecimiento.* En todos los casos se parte siempre de la existencia de un hecho importante, generalmente pasado, en torno al cual se instituye la celebración. [...] De la importancia y magnitud del acontecimiento dependerá, obviamente, la amplitud de la asamblea convocada para celebrar y la envergadura misma de la celebración. [...] Finalmente, refiriéndonos al cristianismo, hay que decir que el acontecimiento que da lugar a toda celebración cristiana y está en la base de la misma es el acontecimiento pascual de Cristo. Pero este no es un mito. Se trata, por el contrario, de un evento que se sitúa en la historia y que afecta, de un modo u otro, a toda la comunidad humana. De ahí su carácter universal.
- b. *La convocatoria.* [...] Esta convocatoria tiene como objeto cursar una invitación al colectivo interesado para que se reúna y participe en la celebración. La amplitud de la convocatoria, como es natural, depende de la amplitud y dimensiones del colectivo al que va dirigido. Tratándose del

cristianismo esta convocatoria, que coincide plenamente con el anuncio misionero, está abierta a todos los hombres. Todos estamos llamados a confesar nuestra fe en Jesús, a reconocerlo como Señor, a adherirnos a la comunidad de los creyentes y a reunirnos en asamblea para confesar el señorío de Jesús y celebrar el misterio de su muerte y resurrección.

- c. *La asamblea.* Los que han sido convocados y han acogido la llamada se reúnen en asamblea. Las proporciones de esta son diversas según se trate de celebraciones familiares o de otro tipo. La asamblea familiar está dotada de unos ingredientes muy particulares en razón del entorno doméstico en el que se desarrolla la celebración; en razón, también, de los vínculos que unen a los participantes; y en razón, finalmente, del clima cálido y entrañable que se respira en este tipo de eventos. La asamblea cristiana no es otra cosa que la comunidad del Pueblo de Dios reunido en iglesia para celebrar los misterios. En todo caso, me parece muy oportuno señalar aquí que nunca nos será posible hablar de celebración sin hablar previamente de la existencia de una comunidad reunida en asamblea. Sin asamblea no hay celebración.

LA CONVERSIÓN DE DIOS

La Cuaresma comienza con un grito de júbilo de Jesús invitando a sus oyentes a la conversión: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,14s). La conversión implica a la vez un arrepentimiento y un cambio de mentalidad, un giro en la dirección de la vida. Pero este arrepentimiento al que se invita al hombre, en realidad, solo es posible desde la conversión de Dios hacia nosotros. El ser humano es invitado a convertirse a Dios porque antes él se ha convertido y vuelto hacia nosotros. Esto es precisamente lo que nos muestra el final de la Cuaresma y el inicio de la Semana Santa, en el Domingo de Ramos, al escuchar otro grito de Jesús, en este caso desgarrador, desde la experiencia de abandono de Dios muriendo por nosotros (Mc 15,34). Esta entrega de Cristo solo tiene una razón: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16).

La idea del arrepentimiento de Dios no es extraña a la sagrada Escritura. Leemos en ella que Dios se arrepintió de crear al hombre, al descubrir la hondura de su maldad y su pecado (Gn 6,6); o se arrepintió de las amenazas de castigar por sus pecados a su pueblo elegido (Ex 32,14; Jr 18,8). Es evidente que es una forma antropomórfica de hablar de la relación de Dios con los hombres, para poner de relieve especialmente que Él es ante todo amor y misericordia, lento

a la cólera y rico en piedad, la fórmula de gracia que se repite en los momentos más importantes de su revelación en el Antiguo Testamento. Así lo expresa el profeta Joel: «Volved a Yahvé, vuestro Dios, porque él es clemente y compasivo, lento a la cólera y rico en amor, y se arrepiente de las amenazas» (Jl 2,13).

Dios se vuelve una y otra vez al hombre para buscarlo, para encontrarlo, para hacer alianza con él, para salvarlo, para invitarlo a la comunión. Por eso, el profeta le pide a Dios que se vuelva y se convierta a ellos, para que ellos puedan volverse y convertirse a Dios. Solo desde la gracia de Dios vuelta hacia nosotros, podemos nosotros volvernos y convertirnos a Dios. En el cristianismo, no es el hombre el que ha salido a buscar a Dios; sino que es Dios quien ha tomado la iniciativa y ha salido a buscar al ser humano. Esta es la afirmación central de la Escritura y lo que realmente causa conmoción. La Escritura no tiene en el centro de su testimonio que el hombre busque a Dios entre luces y sombras, anhelos y deseos, sino que Dios haya salido de sí mismo para encontrarse con el hombre. Así dice el Señor según el testimonio del profeta Isaías: «Daba respuesta a los que no me preguntaban, iba al encuentro de los que no me buscaban» (Is 65,1). Antes de que el hombre busque y se convierta a Dios, ha sido Dios quien se ha convertido y ha salido en búsqueda del hombre.

ÁNGEL CORDOVILLA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975